

## **LA PLASTICA COLOMBIANA EN 1966**

### **I. — UN SALON DE PINTURA JOVEN**

Una de las características más importantes del arte contemporáneo es su afán de búsqueda; de cambio constante. Ningún artista quiere repetirse; ni repetir las fórmulas puestas en uso, años atrás, por algún pintor o escultor. Todos los artistas

desean ser verdaderamente originales, expresar en un lenguaje propio sus experiencias vitales y estéticas.

Resulta emocionante comprobar este hecho cuando los artistas son jóvenes y están comenzando a dar sus primeros pasos sin la vigilancia estrecha del maestro. Estos primeros pasos son muchas veces torpes; inseguros; pero tremendamente osados: lo importante es comenzar a buscar; salirse del camino trillado, alcanzar una expresión individual. Son las primeras experiencias y, como tales, merecen nuestro interés.

El Tercer Salón Nacional de Pintura Croydon nos permite conocer la labor de los más nuevos artistas del país. Las obras seleccionadas, entre cerca de trescientas telas, pueden considerarse el índice más exacto de lo que la gente joven está realizando en este momento. Son, con contadas excepciones, ensayos, primeros intentos, riesgos. Así las hemos mirado. El análisis no puede ser demasiado exigente; pero tampoco benévolo. Lo más grave sería alabar los buenos propósitos, sin intentar una crítica adecuada y justa. El respeto que nos merecen los artistas principiantes y la calidad de algunas pinturas nos obligan a observar con atención las obras y a no limitarnos a congratular a sus autores por sus magníficas intenciones.

La pintura nueva de Colombia está eludiendo, con gran inteligencia, la no-figuración. La representación alegre y desenfadada de la naturaleza predomina efectivamente en las obras más interesantes de la Exposición. Por el contrario, las pinturas abstractas manifiestan un total amaneramiento, una desconsoladora astenia. Nada nuevo surge en esos cuadros bobalicones y "modernos". La fórmula explotada y gastada ya hace muchos años, no impresiona a nadie. No creemos que la pintura abstracta esté agotada. Suponemos que, con verdadera fantasía creadora, todavía se pueden hacer muchas cosas importantes y valiosas en ese terreno. Pero es indispensable que la no-figuración sea el resultado de una auténtica necesidad interior y no una receta más o menos fácil de realizar.

Por eso resulta tan vital y lozana la pintura figurativa de la exposición. Ajena visiblemente a cualquier movimiento o tendencia de moda; despreocupada por "el último grito" de Europa o los Estados Unidos, esta pintura que trata de comunicar algo propio y sincero es, no obstante, contemporánea, absolutamente siglo xx.

"Velo", de Santiago Cárdenas, joven profesor de la Universidad de los Andes, es sin discusión el cuadro más bello del concurso. Con justicia ganó el Primer Premio por unanimidad. Cárdenas es un artista que ama su siglo: todo lo que en él se realiza le llama positivamente la atención. Lo importante y lo trivial atraen igualmente su curiosidad. No hay para Cárdenas nada baladí. Por eso su temática resulta aparentemente superficial, pues el artista pinta sobre todo automóviles, muchachas con grandes anteojos oscuros, modas. Pura cotidianeidad. No creemos que sea la ocasión más propicia para hablar de la importancia del automóvil o de la moda; en todo caso, debemos recordar que a lo largo de la pintura de todos los tiempos, los mejores artistas siempre se han inspirado en la realidad común y corriente que los ha rodeado. De Giotto a Matisse, la pintura no ha hecho otra cosa que aludir a lo nuevo. Pero no solo el tema es contemporáneo en Santiago Cárdenas, también lo es el medio de expresión. El pintor sigue de cerca, no hay que olvidarlo, el dibujo publicitario. La sencillez, la obviedad y pureza de este diseño son evidentes en la obra de Cárdenas. Los verdaderos artistas siempre buscan los instrumentos más adecuados para expresarse con solvencia. Pedirle a Cárdenas el claroscuro de Masaccio, pintor interesado por el relieve de sus figuras, por ejemplo, sería tan torpe como pedirle a ese maravilloso pintor del Cuatrocien-

tos, la pureza de los colores de las imágenes bizantinas. Creemos sinceramente que Cárdenas está trabajando con los medios más adecuados para lo que intenta crear.

"Velo" es una pintura discreta, ejecutada con laboriosidad, en donde la realidad contemporánea se transforma en una imagen transparente y delicada.

Rómulo Sánchez y Sonia Gutiérrez, alumnos de la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Nacional, ganaron respectivamente el segundo y el cuarto premios. Ambos trabajan honestamente. Las obras de uno y otra son evidentemente decorativas: fáciles, amables, acogedoras "como un buen sillón", según frase de Matisse, pintor a quien hay que recordar toda vez que la pintura se hace hermoso juego de formas planas, colores puros y síntesis clarísimas. Destacamos el bello color de los cuadros de Sánchez, así como el somero dibujo del cuadro de Sonia Gutiérrez.

La pintura de Samudio "Mesa vacía" (Tercer Premio) se distingue por su recato. Es un cuadro despojado de sensacionalismo, limpio de añagazas. Pintura: nada más ni nada menos. El ejemplo de Giorgio Morandi, en su desprecio por lo snob y veleidoso es palpable en esta obra sencilla, plena de soledad.

Es muy honroso para la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Nacional que nueve de los catorce cuadros seleccionados en la zona de Bogotá, pertenezcan a sus alumnos. En general, son cuadros trabajados con esmero, con laudable empeño de encontrar nuevos caminos dentro del complicado panorama de experiencias visuales recientes. Mucho puede esperar el país de las próximas promociones de esta Escuela.

## II. — EL SALON NACIONAL

Bueno o mediocre, el Salón Nacional es el balance más exacto de las actividades plásticas en Colombia. Es el punto de referencia para medir los progresos o adocenamientos de nuestros pintores, dibujantes, grabadores y escultores con respecto de años pasados y es la toma de conciencia de lo que *valen* las artes plásticas de nuestro país dentro del panorama internacional.

Por estas razones resulta indispensable el análisis riguroso, la crítica objetiva de las obras reunidas en el XVIII Salón de Artistas Nacionales, el cual ha sido casi unánimemente considerado como pésimo.

Yo considero bastante discreto el grupo de pinturas reunidas en la primera planta de la Biblioteca "Luis Angel Arango". Sin embargo, hay algunos trabajos muy aceptables. En primer término, el óleo de Santiago Cárdenas "Slacks y persiana". Una pintura de bellos colores, de sobrio y exacto dibujo, trabajada con excelente oficio. Sin caer en el cartel, pero explotando con mucha sensibilidad ese estupendo terreno del diseño publicitario que en este siglo ha logrado realizaciones definitivamente artísticas, la pintura de Cárdenas resulta viva, alegre, positiva. Los dos objetos de Bernardo Salcedo resultan rarísimos en nuestro medio. Con Beatriz Daza, Salcedo es el único artista colombiano "visible" que está haciendo algo muy diferente a la pintura. En Europa, Estados Unidos y también en Latinoamérica, los creadores de "cosas" abundan. En la Bienal de Venecia, de este año, los "Objetos geométricos" y las "cosas" fueron comunes y corrientes. En el Salón Nacional, Salcedo aparece extraordinario. Sus dos cajas, resultadas con un sentido arquitectónico de mesura y pulcritud, representan en Colombia la punta de lanza hacia nuevas realidades. Mucho, sin embargo, en mi opinión, debe recorrer todavía este joven artista. Las ventanas de sus cajas necesitan abrirse de par en par para que podamos descubrir en forma más amplia ese mundo insólito que apenas se insi-

núa por una mano hechicera o por una linterna de Diógenes. El trabajo de Beatriz Daza, esforzado y experimental, no logró esa bella coherencia, esa sutil integración de algunos relieves presentados en mayo de este año en el Museo de Arte Moderno. La pintura negra de Pedro Alcántara Herrán sorprende por su tremenda fuerza. La forma surge altiva, avasallante en este cuadro de Alcántara, indiscutiblemente, el mejor expresionista colombiano.

Yo creo que entre estas obras se hubieran podido escoger dignamente los dos primeros premios en pintura. Sin embargo, el Jurado premió a Alejandro Obregón por su cuadro "Icaro y las Avispas", pintura vigorosa, de excelente factura pero nada más. Desde hace unos tres años la obra de Obregón se ha debilitado sensiblemente. El artista ha caído en un bello amaneramiento de tipo decorativo, carente de la necesidad de obras anteriores. Las mejores realizaciones de Obregón datan de los años 58 a 62. Durante ese lapso el pintor se expresó sinceramente con una fórmula muy personal, alcanzó la representación de lo "real maravilloso" de que habla Alejo Carpentier para referirse al ámbito y al espíritu de creación que tiene el verdadero artista latinoamericano, pero últimamente sus cuadros se pierden en preciosas girándulas, de las cuales no está exento el gran premio de 1966.

También vale la pena recordar la obra de David Manzur y el óleo de Omar Rayo. Dos trabajos muy aceptables, ambos perfectamente acabados pero sin ese toque indispensable para que la realización se convierta en auténtico arte.

Los estudiantes Camilo Calderón, Juan Manuel Camargo, Amelia de Cajigas, Hernando del Villar y Rómulo Sánchez presentaron obras correctas. Los dos primeros deformaron la figura humana, la convirtieron en algo gigantesco, brutal, monstruoso; los tres últimos la transformaron en un simple elemento de composición, la hicieron forma para un cuadro, forma sintética, plana, muy decorativa. Con excepción de Camilo Calderón, los únicos alumnos de artes admitidos en el Salón pertenecen a la Escuela de la Universidad Nacional.

Sin duda lo más negativo del Salón estuvo en los cuadros de Augusto Rivera, Carlos Granada, Carlos Correa e Ignacio Gómez Jaramillo, Premios Nacionales de años pasados. Con estas pinturas se puede discutir objetivamente el artículo del reglamento del Salón Nacional que da vía libre a los maestros premiados en otros certámenes de la misma índole. No tiene ningún sentido que esas telas inenarrables aparezcan en el Salón cuando fueron rechazadas por el Jurado de Admisión muchas pinturas de calidad superior.

La escultura colombiana continúa siendo exangüe. En el tercer piso de la Biblioteca había 11 obras de escasa calidad, con una importante excepción: la escultura libre de Eduardo Ramírez Villamizar, en mi criterio la obra más destacada de todo el Salón. Ramírez hace escultura desde 1958. Al principio únicamente relieves, luego también esculturas exentas. Paso a paso puede seguirse esta última etapa de su obra desde la escultura que en 1963 ganó el Segundo Premio en el Salón Nacional, en la cual se observaba una cierta nostalgia del plano, hasta el "RIO" de 1966, una obra excelente, de movimiento lento, en donde se dan no solamente las diagonales sino también los planos horizontales que le permiten entrar más de lleno en el espacio. Ramírez es un artista excepcional en Colombia. Toda su obra es de un rigor, de una exactitud y disciplina realmente bizarras en nuestro medio. Estoy convencido de que la obra de Ramírez ha alcanzado una elaboración tan inteligente, un refinamiento tan distinguido que sin discusión puede considerarse el mejor artista del país.

Obras discretas las de Alvaro Herrán y Felisa Burzryn. No creo que representen nada nuevo ni dentro de su producción individual ni dentro del conjunto

de la plástica colombiana. Por otra parte, su calidad es perfectamente discutible. Las cinco obras restantes no merecen comentarios.

Lo mejor del Salón se encontraba en la Sala de Dibujos y Grabados. Por lo menos, allí había un conjunto bastante parejo, bueno. Inobjetable el premio de Alcántara, hoy por hoy el mejor dibujante del país. Espléndido su trazo que tiene el poder de transformar la figura del hombre en un diagrama mutilado y pro-teico, pero que nunca le exime de nobleza y dignidad. Mención especial merecen los dibujos de Barrios. Es muy curiosa su visión abigarrada, satírica, de la cual sale indemne la línea que integra y amontona en forma alucinante. Grau es un buen artesano, sus Collages Témperas se destacan por eso: tienen excelente oficio, pero también obvia superficialidad. Siempre son nobles y finos los dibujos de Lucy Tejada. Dentro de unos ambientes muy sensibles sus figuras son vagos recuerdos, tristes imágenes gastadas. Los "Fruteros" de Beatriz Daza acusan un suave oficio. Son obras menores, pero creo que la artista se propuso exactamente eso: lograr una obra justa y discreta.

Sin que representen un paso firme hacia adelante los grabados de Rendón son correctos. Interesan más por su técnica que por su descubrimiento formal. Mucho prometen Evelia Medina y Darío Morales, alumnos de la Escuela de la Universidad Nacional. Necesitan eso sí, sacudirse de influencias y aclarar más los conceptos. Cinco en técnica para el intaglio de Omar Rayo, pero nada más puede encontrarse en él.

En síntesis:

1º En el Salón Nacional había algunas obras respetables que en cualquier parte del mundo se aceptarían como buenas.

2º La mayoría de nuestros artistas trabajan poco. Las preocupaciones tropicales les restan energías. Se pueden contar con los dedos de una sola mano los artistas que presentan una labor completa, una auténtica trayectoria.

GERMÁN RUBIANO CABALLERO